



“La escritura es un exilio, una burbuja para darle vida en la ficción a un mundo que uno está creando”

Autor

Julián Santamaría Bonilla

**Trabajo presentado como requisito para optar por el
título de Magíster en Periodismo**

Director

José Ángel Báez

Facultad de Ciencias Humanas

Maestría en Periodismo

Universidad del Rosario

Bogotá, Colombia

2021

“La escritura es un exilio, una burbuja para darle vida en la ficción a un mundo que uno está creando”

Dentro de la academia, Consuelo Triviño es reconocida como una de las escritoras vivas más importantes de la literatura colombiana. Sin embargo, es prácticamente desconocida para el gran público. Actualmente, hay interés de algunas editoriales por visibilizar su vida y obra.

A pesar del reconocimiento de la crítica y los elogios de autores como Helena Araújo, William Ospina, Alonso Aristizábal y Julio Ortega, la vida y obra de Consuelo Triviño es en gran medida desconocida para el público colombiano. A ojos de expertos en literatura hispanoamericana como Isabel Román Gutiérrez, profesora de la Universidad de Sevilla de España, es una de las voces literarias vivas más importantes de Colombia y *Prohibido salir a la calle*, su primera novela, una obra fundamental en la historia de la prosa colombiana de los últimos cincuenta años.

A lo largo de su carrera como escritora ha explorado temas como el lenguaje, la migración, la niñez, la identidad femenina y colombiana en obras de todo tipo como relatos y novelas de corte histórico, autobiográfico e incluso policial.

Triviño nació en Bogotá el 26 de abril de 1956, en la que describe como una familia de clase media pobre. Su madre, Sara de Anzola, fue enfermera en poblaciones cercanas a Bogotá, como Susa, Ubaté y Tena, por lo que en su infancia la acompañó a cada uno de estos lugares, aunque pasaba algunas temporadas con sus tías, en el barrio Santa Lucía de Bogotá. Todavía recuerda con ternura las noches en las que su madre les recitaba y hacía aprender de memoria, a ella y sus hermanos, los poemas del nicaragüense Rubén Darío, del mexicano Amado Nervo y de la chilena Gabriela Mistral. Este sería su primer contacto con la literatura.

Durante esos años estudió en las escuelas de los municipios a los que iba, hasta que, al entrar en la adolescencia, la familia se asentó en Bogotá. Su primer año de bachillerato lo hizo en Ciudad Jardín sur, en el Colegio Diego Fallón, y el resto de su educación secundaria en el internado de la orden de las Capuchinas, en el barrio la Merced, en el centro de la ciudad. Allí profundizó sus lecturas y su pasión por las letras que la llevarían a estudiar filología e idiomas en la Universidad Nacional de Colombia, entre 1981 y 1986, con un crédito del el Instituto Colombiano de Crédito Educativo y Estudios Técnicos en el Exterior (Icetex).

Admite que en su época como universitaria el poco dinero que recibía lo gastaba en cine y en libros. En especial, frecuentaba el Teatro La Comedia, sobre la

carrera 11 con calle 61, en Chapinero. En aquella época los grandes estudios no eran los únicos en determinar la cartelera. Vio ciclos enteros dedicados a importantes directores como Luis Buñuel, Carlos Saura, Ingmar Bergman, Robert Altman, Paul Mazursky y Michelangelo Antonioni. También era asidua visitante de las librerías del centro, como la Mundial, la Lerner, la de la Alianza Francesa y, especialmente, la Buchholz, en el edificio Francisco Camacho, sobre la Avenida Jiménez con carrera 8va, que en palabras de Triviño era “un paraíso para quien sucumbía a la devoradora pasión por la lectura”.

Entre quienes forjaron sus primeros, pero sólidos pasos hacia una carrera como académica, destaca a Mary Mora de Ducay, profesora universitaria que recuerda con especial cariño, pues fue fundamental en su formación intelectual. Con ella tomó los cursos: "Iniciación a la literatura", I y II, y un tercero más especializado que la docente llamó "Estilística".

Durante la misma época de su vida, Triviño escribió sus primeros relatos con un marcado corte existencialista, bajo la influencia de autores como Hermann Hesse, Jean-Paul Sartre, Albert Camus y Ernesto Sabato. Ducay no solo fue la primera lectora de estos manuscritos, sino que por ella se acercó a la teoría literaria y a varias de sus corrientes, como el estructuralismo genético, el estructuralismo formal, el realismo, a las teorías de Georg Lukács, filósofo marxista y crítico literario húngaro, a las teorías de varios pensadores existencialistas que entonces eran muy populares en las facultades de humanidades, y a las corrientes posestructuralistas con las que conoció a intelectuales franceses como Michel Foucault, Jacques Derrida y Gaston Bachelard.

Estos referentes nutrieron la escritura, entre los dieciocho y veinte años, de una serie de relatos diversos y heterogéneos bajo el nombre de *Cuántos cuentos cuento*. Allí plasmó su interés por la soledad, la búsqueda de la libertad y las preocupaciones de una generación joven en un país que atravesaba cambios radicales en la cultura, la política y la sociedad durante los años setenta. Con ellos obtuvo el primer premio en el Concurso Nacional de Libro de Cuentos de la Universidad del Tolima, en 1976. Parte de estos relatos fueron compilados y publicados bajo el nombre: *Siete relatos*. Este sería el primer libro de Triviño, a los 21 años.

Según lo explica su esposo, Jorge Urrutia, fue gracias a la publicación de este libro que entró al mundo literario de la Bogotá de esa época. A la vez, terminó su carrera universitaria y pasó a ser funcionaria en el Instituto Colombiano de Cultura (Colcultura).

Reconoce que su generación, la que vino después del Boom Latinoamericano, veía a Europa no solo como el faro de intelectualidad sino también como

modelo de vida. Por eso, decidió emigrar y se quedó en Madrid, “a medio camino”, pues no llegó hasta donde se lo había propuesto: París, el centro cultural e intelectual de occidente.

En 1983, con 27 años, llegó a España para estudiar un doctorado en la Universidad Complutense de Madrid. La entrega de su proyecto de tesis se prolongó más de lo esperado y, por una beca del Gobierno español, llegó a vivir durante cinco años en ese país hasta que, finalmente, se graduó con una tesis sobre José María Vargas Vila: *El sentido trágico de la vida en la obra de José María Vargas Vila*. En sus palabras, definiría su carrera ya que trataba dos de los temas que retomaría más adelante como escritora y como investigadora: la vida y obra de Vargas Vila y la literatura hispanoamericana modernista.

Volvió a Colombia pensando en un regreso definitivo. Decidió buscar suerte como profesora universitaria y encontrar la manera de, paralelamente, seguir forjando su trayectoria literaria. Así, entre 1988 y finales de 1990, trabajó en la Universidad Nacional de Bogotá como profesora de literatura española.

Sin embargo, no todo fue como lo esperaba. El tiempo para dedicarse a escribir era escaso. Sobre esta época, en la que vivió en el barrio la Candelaria, en el centro histórico de Bogotá, recuerda: “Ya escribía, me había ganado un concurso nacional de cuento y estaba ejerciendo mi libertad, pero tenía otras necesidades. Estaba totalmente hipotecada por la hora cátedra y por andar aceptando cualquier proyecto de investigación que saliera porque lo necesitaba para vivir. Entonces, quise salvar la escritura, quise regresar a España. No tenía nada seguro al otro lado”.

Su inseguridad estaba bien fundamentada. Al llegar a España aceptó tantos trabajos académicos como fueran posibles para mantener una beca, que renovaba todos los años con el Gobierno español y así justificar su situación migratoria.

Su emigración no estaba basada simplemente en una visión bohemia de Europa. Por el contrario, hacía parte de una noción muy práctica de la vida: “No tenía el aval de una familia que me permitiera dedicarme a la escritura sin preocupaciones. Para mí fue muy importante poder darme una vida digna que me pudiera garantizar mi tiempo para la escritura y eso implicó postergaciones para la creación literaria. Pero me siento bien, como diría José Martí: ‘Ganado tengo el pan: hágase el verso’”, dice con orgullo mientras cita al escritor y político cubano.

A pesar de los aprietos económicos y de las dificultades de una colombiana en el extranjero, y sin arraigo, esos años consolidaron su pasión a la academia. No en vano, alcanzó a escribir dos libros académicos: uno sobre un clásico de la

literatura mexicana, *La muerte de Artemio Cruz*, de Carlos Fuentes, y otro sobre la figura del modernista catalán Pompeyo Gener: *Pompeyo Gener y el modernismo*.

En 1997 se vinculó al Instituto Cervantes como una de las encargadas de crear y nutrir el contenido que hace parte del el Centro Virtual Cervantes, y luego pasó a ser parte de la Dirección Académica como Técnico de Hispanismo donde principalmente se ocupa del Portal del Hispanismo.

Desde entonces, su labor allí consume gran parte de su tiempo, pero le da estabilidad económica. De hecho, tan solo un año después de vincularse al Instituto encontró el equilibrio que tanto buscaba entre su profesión y su vida personal y, después de dieciocho años, rompió su silencio literario al publicar *Prohibido salir a la calle*, una novela en la que recrea sus experiencias en el transcurso de la infancia a la adolescencia a través de su alter ego: Clara, una niña de once años.

En esta obra, Clara relata cómo su familia, los Osorio, se asienta en la ciudad tras haber vivido en el campo. A lo largo de veinticinco capítulos, y desde la mirada que solo una niña puede tener, Triviño recrea la Bogotá de los años sesenta a la vez que cuestiona un modelo de vida impuesto por un entorno familiar y social que Clara no está dispuesta a aceptar.

La novela recibió buenos comentarios de parte de la crítica. Un ejemplo es la reseña que escribió Alonso Aristizábal para el diario El Tiempo. Además, fue publicada por Planeta, una de las casas editoriales de mayor peso en el mundo hispanoamericano y fue finalista en el Concurso Nacional de Novela Eduardo Caballero Calderón, del Ministerio de Cultura de Colombia.

Sin embargo, estas credenciales no impulsaron las ventas y se editaron pocos ejemplares, lo que llevó a que la novela pasara desapercibida para el gran público y que no fuera reeditada hasta muchos años después por la editorial Sílabas para Colombia.

Esto no ha evitado que con el paso del tiempo, la obra haya sido estudiada y bien valorada por la crítica literaria. De hecho, ha sido objeto de estudio para tesis doctorales y proyectos de investigación de diferentes universidades de América y Europa, como la Nacional de Colombia, la de Antioquia, la Carlos III de Madrid, la Autónoma de Madrid y la Autónoma de Barcelona. De hecho, el año pasado Mirada Malva, la editorial donde Triviño publica sus libros en España, dedicó un libro entero en el que se recopilan los textos de catorce escritores y académicos que resaltan la relevancia de *Prohibido salir a la calle* para la historia reciente de la literatura en Colombia.

Como lo señala Claudia Ivonne Giraldo, escritora, académica y jefe de la Editorial de la Universidad EAFIT, Triviño es aparentemente desconocida, pero es una “escritora seria y consistente. Su obra ha sido estudiada más en la academia, que leída por el ‘gran público’”.

Álvaro Bernal, profesor asociado de literatura hispanoamericana de la Universidad de Pittsburgh, dice: “*Prohibido salir a la calle* es, sin duda, una de las más interesantes y sugestivas narraciones que evocan a Bogotá en una época determinada. A mi juicio, y al de muchos otros críticos, las tres narraciones que no solo hablan de Bogotá sino que son Bogotá en su esencia misma son *Los parientes de Ester*, de Luis Fayad; *Sin remedio*, de Antonio Caballero, y *Prohibido salir a la calle*, de Consuelo Triviño”.

A esta novela le siguieron cuatro libros de relatos: *El ojo en el agua* (2006), *La casa imposible* (2005), *Letra herida* (2012) y *Extravíos y desvaríos* (2013). Además, la novela *Una isla en la luna* (2009), así como biografías críticas de figuras del mundo hispanoamericano como José Martí, Pompeu Gener, Germán Arciniegas y Miguel de Cervantes Saavedra.

En 2013, publicó una novela que sería uno de sus trabajos más conocidos: *La semilla de la ira*. En ella retoma la vida del escritor colombiano que inspiró su trabajo de doctorado: José María Vargas Vila. A través de un supuesto diario personal, el libro recrea la vida de este controversial personaje, conocido por las diatribas en periódicos que le hicieron uno de los enemigos públicos del clero y las élites políticas colombianas, y por sus novelas que escandalizaron al público de entonces. En palabras de Triviño, “fue en su época el escritor más leído en lengua española, pero también el más odiado”.

Pocas personas pudieron haber escrito esta novela de la manera en que lo hizo Triviño. No solo porque ha dedicado varios años de su vida académica a investigar la vida y obra de Vargas Vila, sino porque fue ella la encargada de rescatar los manuscritos de su diario personal, escritos entre 1899 y 1933, que el Gobierno de Fidel Castro guardaba con mucho recelo en el Archivo del Consejo de Estado de Cuba.

La suerte editorial de este libro no sería muy diferente ni más afortunada que la de *Prohibido salir a la calle*. En un principio, tuvo una gran acogida tanto en Colombia como en España. En Colombia fue publicada por Seix Barral y durante los primeros seis meses desde su lanzamiento fue uno de los libros más vendidos, pero poco tiempo después la editorial desistió de la posibilidad de reeditar la obra para Colombia. Por su lado, en España fue editada por Verbum y recibió grandes elogios. Para la editorial de Babelia del 7 de agosto de 2010, el reconocido suplemento literario de El País, Dasso Saldívar escribió que se trata

de “una de las obras mejor escritas y narradas de la literatura colombiana y latinoamericana”.

Como bien sugiere Giraldo, las dinámicas del mundo editorial en Colombia explican por qué una figura de la importancia de Triviño tiene una circulación y un reconocimiento que no hace justicia al peso de su vida y obra. “Sabemos que las ventas se deben, en gran parte, a una puesta en marcha de un proyecto de mercadeo de grandes casas editoriales. Sabemos que no tiene muchas veces que ver con la calidad de los textos publicados. Creo, de verdad, que esa es la causa: no la lee el gran público porque una gran casa editorial no se la ha “mostrado” explica.

Actualmente, en Colombia, su obra, es publicada por casas editoriales independientes, como Sílabas, de Medellín, que se ha consolidado con un importante catálogo de obras que incluyen autores como Álvaro Cepeda Samudio, Darío Ruiz Gómez, Juan José Hoyos, Juan Manuel Roca, Julio Olaciregui y Pablo Montoya.

Sílabas no solo se ha encargado reeditar *Prohibido salir a la calle* para Colombia, sino que además, en 2019, publicó *Transterrados*, su novela más reciente que en España ya había sido publicada por Calambur. En ella, por primera vez, hace una apropiación de su condición como inmigrante en España y utiliza el término con el que ella se autodenomina, “transterrada”, que tomó de José Gaos, filósofo español exiliado en México durante la Guerra Civil Española.

Sobre la recepción de la obra Triviño en Colombia, Juan David Correa, director literario del Grupo Planeta para Colombia, comenta: “Es evidente, creo yo, que las mujeres de su generación han sido sistemáticamente ignoradas por el gran público. La revolución feminista en Colombia fue de nicho y de pequeños círculos intelectuales. Me temo que fue una revolución que no llegó a oídos de los editores de ese entonces. Este es el caso de varias autoras como Albalucía Ángel, que en años recientes ha empezado a ser más conocida, pero cuya historia editorial ha sido muy discontinua o de Fanny Buitrago, a quien vamos a editar de nuevo. Son casos paradigmáticos del machismo literario que hasta ahora estamos superando”.

De hecho, al momento de ser entrevistado para este perfil, Correa aseguró que ha pensado en la posibilidad de reeditar con Planeta las obras de Consuelo Triviño de la misma manera que lo ha hecho con las obras de escritores como Nicolás Suescún, Arnoldo Palacios y Fernando Molano Vargas. Todos ellos, autores que, a juicio de Correa, merecen la visibilidad para el público colombiano como la que puede dar una editorial del tamaño y ‘músculo financiero’ de Planeta.

Sobre su vida actual en Madrid y su distanciamiento con el país, Triviño reconoce: “España me permite tomar la distancia necesaria para ver los matices de lo que me asalta y viene de allá, también me da la paz y la certeza de que el tiempo es manejable, a pesar del vértigo de la caída de las hojas del calendario. En Bogotá, en cambio, el tiempo se detiene, porque las distancias parecen insalvables”.

Esa distancia no ha evitado que cada uno de sus libros de ficción haya tenido como referencia y contexto a Colombia. “Cuando yo escribo me instalo en Colombia, siempre ha sido un vicio. No puedo liberarme del país y no puedo liberarme de Bogotá. Todas mis narraciones están allí y están siempre relacionadas con la realidad de Colombia, con su historia. Vivir en el extranjero para escribir sobre Latinoamérica no es un problema, porque en sí, la escritura es un exilio, una burbuja para darle vida en la ficción a un mundo que uno está creando”, comenta.

Visita Bogotá anualmente, durante la Feria Internacional del Libro de Bogotá, pero admite que es una excusa para visitar a su madre de 94 años, que necesita atenciones de tanto en tanto. Triviño admite que de no ser por esto, es probable que no hubiera una verdadera razón para regresar. Parece haber encontrado la fórmula ideal para satisfacer sus ambiciones literarias y conciliar la distancia que mantiene con su país natal: “España es el lugar donde tengo los pies sobre la tierra. Mi literatura se puede alimentar de la nostalgia y del recuerdo sin tener que estar en Colombia”.

Triviño no pretende ser parte de aquellos escritores cuya vida se enfoca primordialmente en escribir obras de ficción y andar en giras de medios para promocionarlas. Sin remordimientos ni molestias, y con un tono de aceptación, explica: “Simplemente, mi trabajo y mis horarios no me han permitido abrir espacios para la promoción de mis libros”. Aunque lamenta que la distancia con su país le haya valido parte de la visibilidad, tiene amplias expectativas de que un gran número de lectores en Colombia se acerquen a su novela más reciente.

Fuera de los circuitos editoriales del país, ha escrito a su propio ritmo, sin pensar en el qué dirán y teniendo en mente que el compromiso real es consigo misma y con su labor. Quizás la actitud serena y estoica con la que se acerca a la vida, a la lectura y a la escritura, brota del penúltimo verso de *Retrato*, poema escrito por Antonio Machado uno de los autores que más admira tanto por su obra como por su figura:

“Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.

A mi trabajo acudo, con mi dinero pago

el traje que me cubre y la mansión que habito,

el pan que me alimenta y el lecho en donde yago”.